

**ENCUENTRO BINACIONAL
ECUADOR - PERÚ
PONENCIAS**

Antonio Sacoto, Vicente E. Guillén, César Augusto Alarcón Costta,
Fernando Jurado Noboa, George Ocampos Prado, Idelfonso Niño Albán,
Ricardo Noblecilla Morán, Ricardo Portocarrero Grados

ENCUENTRO BINACIONAL ECUADOR-PERÚ

IPANC
CASA DE MONTALVO

Margarita Miró
Directora Ejecutiva IPANC
Mario Mora
Presidente Casa de Montalvo
Eugenia Ballesteros: Coordinadora de Comunicación IPANC
Manuel Chávez G.: Diseño y diagramación IPANC
Fabián Vallejos: Impresión IPANC

Diego de Atienza Oe3-174 y Av. América
A.A.: 17-07-9184 / 17-01-555
www.ipanc.org
E-mail: ipanc@andinanet.net
☎ 2553684 / Fax: 2563096
Quito-Ecuador

Impreso en Ecuador

ÍNDICE	PÁG.
Presentación	5
El Universalismo de Don Juan Montalvo Antonio Sacoto	7
MONTALVO Y EL PERIODISMO Vicente Ermel Guillen Barranzuela	24
JUAN MONTALVO Y LA IDEA DE LIBERTAD César Augusto Alarcón Costa	31
JUAN MONTALVO Y SUS ANDANZAS EN TIERRAS PERUANAS Fernando Jurado Noboa	60
LA GLORIA DE DON JUAN MONTALVO PARADIGMA DE AMÉRICA LATINA Mg. George Ocampos Prado	66
MARIATEGUI: SU NUEVO PLANTEAMIENTO EPÓNIMO PARADIGMA DE AMÉRICA LATINA George Ocampos Prado	69
JOSÉ CARLOS MARIATEGUI: DOS TEMAS, DOS ENFOQUES, UN SOLO IDEAL Idelfonso Niño Alban	75
¿EXISTE PENSAMIENTO EN HISPANOAMÉRICA? Ricardo Noblecilla Morán	86
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y LOS DERECHOS HUMANOS Ricardo Portocarrero Grados	90

EL UNIVERSALISMO DE DON JUAN MONTALVO

Antonio Sacoto, Ph. D.*
Ecuador

Nuestro escritor ambateño es el más universal de los autores ecuatorianos, porque sus ideas, su mensaje y su escritura llegaron a los sitios más distantes del mundo civilizado de su época. Glosando a Agustín Cueva, lo universal, no es otra cosa que la capacidad de elaborar artísticamente un mensaje que por su intensidad llegue a todas las latitudes terráneas y esto lo consigue Juan Montalvo, tanto por la fuerza de su mensaje, como lo atestiguan críticas y comentarios de América y Europa, cuanto por la universalidad de su temática: todo lo que acontecía en el mundo antiguo y moderno se refleja en su belleza y elegante prosa.

Al acercarnos a la obra de Don Juan Montalvo (1) hay que decir, desde un principio y sin ambages, que estamos frente a uno de los más grandes escritores de la lengua castellana, a uno de los escritores, literatos y pensadores más representativos de América Latina, sin lugar a duda, el más universal que ha dado el Ecuador. Así lo reconocieron los pensadores y escritores de Hispanoamérica, de España y otros grandes de las letras europeas. En Hispanoamérica, entre los primeros en manifestarse admiradores y ufanos de esta prosa elástica, rítmica y plástica, prosa castigada, están Rufino Cuero y Miguel Antonio Caro, los dos colombianos. Dice este último en carta a Montalvo:

Hallo en usted un estilo natural vigoroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada; por lo que hace el fondo, noto elevación de miras, grandeza de pensamientos, riqueza de recuerdos (2).

El uruguayo Enrique Rodó, quien calificó de “Príncipe del estilo” a Montalvo, en una de las apologías más celeberrimas a un latinoamericano, dice:

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor

* Profesor Emérito City University of New York.

de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí; pocos escritores, tan apropiados como él, para hacer sentir la condición, reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnados en una virtud más honda que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral (3).

En España, durante su visita, le elogia sin medida doña Emilia Pardo Bazán, novelista, quien dice: “Tendrá España hasta seis escritores que igualen a Montalvo en el conocimiento y manejo del idioma, pero ninguno que lo aventaje”. En términos de los más aquilatados, también lo elogia el novelista don Juan Valera y el tribuno republicano, orador, Castelar. En la misma España, años después, Miguel de Unamuno nos dirá:

Cogí **Las Catilnarias** de Montalvo, pasé por alto lo excesivamente literario, del título ciceroniano... iba saltando líneas, iba desechando literatura erudita, iba esquivando artificio retórico, iba buscando los insultos tajantes y sangrantes, los insultos sí, los insultos, los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo (4).

Es por ello que nuestro Benjamín Carrión comentará en los albores del siglo XX:

Es difícil encontrar en cualquier literatura un logro tan cabal del impropio, un poder de látigo restallante tan fuerte, una eficacia mortal de bofetadas, como los conseguidos por don Juan Montalvo en **Las Catilnarias**, pero es más difícil también que esos insultos estén revestidos de mayor nobleza, de más castiza corrección literaria, de mayor señorío mental (5).

En Europa, César Cantú y D’Amicis elogian los escritos de Montalvo. Este, al recibir la obra de Montalvo, indica que ya la había adquirido y que “El buscapié”, el séptimo de los tratados, había sido vertido al italiano.

Pedro Henríquez Ureña, insigne intérprete de las letras hispanoamericanas, afirmó que en nuestra literatura:

Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensables. Dejar en la sombra populosa a los mediocres; dejar en la penumbra a aquellos cuya obra pudo haber sido magna, pero quedó a medio hacer: tragedia común en nuestra América, con sacrificios y hasta con injusticias sumas es como se constituyen las constelaciones de clásicos en todas las literaturas.

La historia de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío y Rodó (6).

Desgraciadamente, “en Hispanoamérica, la crítica -como bien anotó Andrés Bello- se reduce todavía, salvo valiosas excepciones, a algunas brillantes exégesis que sobresalen como islas solitarias en un mar de repeticiones y de lugares comunes embravecidos. En realidad, no hay un serio conocimiento sobre Sarmiento, ni sobre Montalvo, ni sobre Rodó, ni sobre Martí, sino sarmientismo, montalvismo, rodoísmo, rubendariísmo o martianismo. Estas enfermedades de la digestión alcanzan verdadera gravedad cuando el escritor no fue solo escritor, sino político y polemista. Al incondicionalismo político, de tal modo que quien piense, analice y escriba sobre los grandes autores después de haberlos leído, corre siempre el peligro de pasar por irrespetuoso o iconoclasta” (7).

Pero el universalismo de Don Juan Montalvo no solo se manifiesta en la receptividad de su obra en los países de gran cultura y por méritos reconocidos en el campo de la apreciación, de la filosofía, la historia, el pensamiento y la literatura, sino que también los temas tratados por el cosmopolita ambateño se salen de las lindes patrias y calan hondo en otras latitudes; al igual sus aforismos, sus ideas ya sea sobre estética, poder, democracia, universalismo, clero, iglesia, militarismo, y demás, son para receptores cosmopolitas.

Señalemos someramente el vasto mural temático que justifique el por qué Montalvo es uno de los maestros de América, el Quijote americano, y así empezamos subrayando la universalidad del ilustre ambateño.

La producción literaria de Juan Montalvo, juzgada en conjunto, refleja variedad de temas que evidencian la erudición profunda del autor ecuatoriano,

cuya pasión por el estudio asociada a una inmensa capacidad de asimilación acumularon tal bagaje de conocimientos que en el plano humanístico no existieron setos vedados para él que, con visión asombrosa, lo columbró todo, hasta merecer el calificativo de “El Cosmopolita”.

La antigüedad clásica, el panorama de su época, cualquier hecho significativo, no importa cuándo y dónde hubo ocurrido, todo halla cabida en su prosa elegante que hace desfilar, como en escenario magnífico, a los personajes y acontecimientos más notables de la humanidad. Su inquietud intelectual recorre cuanta latitud geográfica existe en la tierra para descubrir los casos y cosas de América, de Europa o los demás continentes, analizándolos desde diversos ángulos y en sus facetas más importantes.

Es que Montalvo leyó con avidez excepcional cuanto material de importancia tuvo a su alcance y viajó y aprendió, encontrando los aspectos trascendentes de las cosas y los hechos. Allí, donde el turista común admira un monumento, Montalvo descubre el velo histórico; donde miradas profanas contemplan simplemente la obra de arte, Montalvo desentraña su valor intrínseco, allí donde el viajero se ha detenido a contemplar un paisaje de maravilla, el ambateño acopia datos para la página brillante y vívida que convertirá al lector en espectador, tal la fuerza descriptiva y la belleza de sus escritos que ostentan, además, muchos otros atributos que hacen de Montalvo uno de los grandes escritores de habla castellana.

Por tres ocasiones estuvo en París y en otros sitios de Europa, cuyos museos, bibliotecas, sitios y manifestaciones culturales atrajeron su atención y animaron su pluma, puesto que gran parte de lo que observó durante sus viajes lo volcó al papel, con miras a participar a sus compatriotas la variedad de experiencias que adquirió allá en el Viejo Continente.

Es que, además, aprendió cuanto había que aprender; desde Homero hasta el siglo XIX está en su haber intelectual. En realidad, sorprende ver desfilar tantos personajes épicos helenos, romanos, americanos en el tratado sobre los Héroes; tantos temas sociales, culturales, políticos y económicos, en el de la Nobleza. No obstante, el escritor desterrado en Ipiales, pequeño villorrio colombiano, carecía de libros y más elementos de consulta. ¿Cómo escribía Montalvo libros tan profundos? -se pregunta José Vasconcelos- en “un lar sin libros”.

La temática del ensayo en la obra de Montalvo es múltiple: España, América, Ecuador, los Estados Unidos, el clero, el militarismo, la educación, el analfabetismo, las razas, la sociedad. Por sus páginas desfilan los preclaros hombres de América, desde Bello y Sarmiento hasta sus contemporáneos Antonio Caro y Rufino Cuervo, los caudillos y dictadores desde Rosas y el Dr. Francia hasta García Moreno y Melgarejo. En suma, no hay asunto mundial ocurrido en esos años del que no se dé noticia a través de las vívidas páginas de Juan Montalvo y todas ellas con un afán moralizador y didáctico, de ahí el apelativo de maestro de América. Veamos algunos temas que interesan dentro del contexto del desarrollo del pensamiento americano.

VISIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

Montalvo no cae como Sarmiento en el panegírico de los Estados Unidos ora por su organización, empuje, dedicación, ora por su pureza racial - para mencionar unos aspectos-, sino que, al igual que Rodó, Zaldumbide, González Prada y Martí posteriormente, admira la grandeza de una institución democrática, el desarrollo gigantesco y acelerado de las ciencias, la técnica y sus aplicaciones a la industria, pero advierte la política expansionista de este país.

Montalvo comprende el valor de la educación y por ello aplaude que los Estados Unidos hayan “comprendido que el hito de la felicidad estaba en la educación”. Ve con placer que hayan comprendido “el puesto de la mujer y que siguiendo este principio, en breve superarán a todos en progresos morales, como ya las superan en físicos” (Cos. 24) (8). Por eso, Montalvo, con lucidez cosmopolita concluye que las mujeres en los Estados Unidos “instruyen, educan, dirigen las escuelas, son maestras de lenguas, y la casa está regida por ellas...” (Cos. 24).

Cuando habla del ferrocarril del Pacífico que construyen los EE.UU., Montalvo, sin reparos, lo califica de “obra prodigiosa digna de la nación que maravillaría a la antigüedad más sabia” (Cos. 171).

En Colombia toma parte en las polémicas en torno a la construcción del canal de Panamá. El Presidente de Colombia quería dar los derechos de construcción del canal a Inglaterra, mientras que el congreso prefería

otorgarlos a los EE.UU. Sagaz y perseverante, arguye a favor de otorgar los derechos de apertura del canal a los EE.UU., ora por americanismo, ora porque más podemos esperar y menos temer de los EE.UU., mientras que hay menos que esperar y más que temer de Europa. Dice así Montalvo:

Prefiéranse a los americanos, porque son americanos, porque son republicanos y demócratas, porque están más cerca de nosotros y porque menos tenemos que temer de ellos que de una potencia europea. El temor de la absorción no debe entrar para nada en este caso: con canal o sin canal, con istmo o sin istmo, con ruptura o sin ruptura nos han de absorber cuando les venga a cuento; y entre absorción y absorción, absorbámonos un hombre y no un dragón. Los europeos nos quieren para esclavos, con los americanos seríamos ciudadanos; no hay probabilidad de que vayamos a sentarnos en los sillones de los lores, ni en los del Cuerpo Legislativo de Francia, ni en las salas de las cortes; al paso que no sería imposible ir a hombrearnos con los modestos hijos de Washington, deliberando acerca de la democracia y de republicanismo. (Cos. 174).

Montalvo se enamora del sistema democrático de los EE.UU. y anhela que éste se transplante a Sudamérica; se maravilla ante las grandes obras de progreso técnico, aplaude la educación bien dirigida no solo del hombre sino también de la mujer, elogia a los héroes de la Independencia y fundadores de los EE.UU. Al referirse a Washington, a Franklin y a otros, su pluma rubrica metáforas descollantes que encumbran a estos preclaros varones. “A Washington se le venera”, dice en “Los Héroes” de **Siete tratados**, en donde le hace desfilar junto a los genios guerreros de la historia universal.

En el Ensayo “Washington y Bolívar”, Montalvo ensalza, en lenguaje figurado, el nombre de Washington y la feliz obra que éste llevó a su culminación: “Washington y Bolívar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano, junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos”. (S. T. II, 151).

De Franklin hace un elogio ultra humano: “...genio del cielo y de la tierra, que al tiempo que arranca el cetro a los tiranos, arranca el rayo de las nubes”, “**Eripui coelo fulmen aceptrumque tyrannis**” (S. T. II, 149). Y hablando

de Washington, de Franklin, de Jefferson, de Madison y otros, dice: “Eran unos en la causa, rivales en la obediencia, poniendo cada cual su contingente en el raudal inmenso que corrió sobre los ejércitos y las flotas enemigas y destruyó el poder británico”. (S. T. II, 149).

De estos encomiásticos para los padres y fundadores de los Estados Unidos, todos esclarecidos y delicados varones, en contraste con los compatriotas a quienes Bolívar, Sucre y otros héroes de la independencia tuvieron que “combatir y vencer... (porque) pensaron en despedazar el manto sagrado de su madre para echarse cada uno por adorno un jirón de púrpura sobre sus cicatrices”, nace la disparidad entre Estados Unidos y América española. Aquellos agrandándose y uniéndose, ésta dividiéndose y desuniéndose en guerras fratricidas.

Los Estados Unidos que tan excelsos elogios reciben de Montalvo, sucumben ante una furibunda diatriba cuando anota el prejuicio racial. Veía con profunda amargura y desilusión como gangrenaba cada vez purulenta esta llaga y, por eso, la denunció con gran entereza, con brío, sin tapujos. Al hablar del negro lanza una gran denuncia ante el mundo cuando sabe que a un diplomático de color se le negó alojamiento en un hotel neoyorquino; también protesta porque en el Senado se le atacó a un defensor de los derechos humanos.

“La esclavitud, como institución (en los Estados Unidos) me asombra prorrumpe Montalvo y el escenario, con que envilecen y oprimen a los mulatos, y aún a los que no son, me llena de amargura”. (S. T. I, 122).

Nos indica que “a persona que no sea de cutis blanco, Nueva York le echará a rodar sus baúles y le enviará a buscar posada en un camaranchón del barrio más humilde” (S. T. I, 122). Por eso denuncia esta actitud prejuiciada puesta de manifiesto con “el embajador de Brasil”. (S. T. I, 122).

ESPAÑA: LA HERENCIA CULTURAL

Montalvo, asiduo apuntador de circunstancias históricas, no es un mero admirador de lo español: cultura, lengua, religión, sino un justo apreciador de lo bueno y noble de España, aunque anota también sus defectos. Por eso, al analizar las guerras de la independencia, no con la frase cruda arroja hiel sobre el vencido, no con el vituperio y los improprios cercena la valiosa tradición

ibérica, sino que al igual que al referirse a la conquista da más tenacidad y brío al conquistado para levantar a la cima la gloria del conquistador; subiendo el quilataje peninsular, acrisoló el del hispanoamericano: “nuestra lucha es haber conquistado la libertad, pero nuestra gloria es haber vencido a los españoles invencibles” (Cos. 100).

Cobardes, malos, gavillas desordenadas de gente vagabunda, son clisés, epítetos en boga durante las cruentas luchas de la independencia y los primeros años republicanos. Contrario a dicha concepción, Montalvo se pronuncia:

“No, ellos no son cobardes; no, ellos no son malos soldados; no, ellos no son gavillas desordenadas de gente vagabunda: son el pueblo de Carlos V, Rey de España, Emperador de Alemania, dueño de Italia y Señor del Nuevo Mundo... (Y reitera nuevamente). No, ellos no son cobardes: son los guerreros de Cangas de Onís, Alarcos y las Navas, son el pueblo aventurero y denodado que invade un mundo desconocido y lo conquista; son la familia de Cortés, Pizarro, Valdivia, Benalcázar, Jiménez de Quezada y más titanes que ganaron el Olimpo escalando el Popocateptl, el Toromboro y el Cayambe. Pueblo ilustre, pueblo grande, que en la misma decadencia se siente superior con la memoria de sus hechos pasados y hace por levantarse de su sepulcro...” (S. T. II, 110).

Montalvo se sentía muy español por su cultura, por el amor y devoción a la lengua de Cervantes (el español castizo del Siglo de Oro), por la admiración de las proezas de los conquistadores, al punto que, llevado en la vertiente de su pasión hispánica, se desborda en una de las apologías más celeberrimas y bellas de España:

¡España! ¡España! Lo que hay de puro en nuestro entendimiento, de ti lo tenemos, a ti te lo debemos. El pensar a lo grande, el sentir a lo amistoso, el obrar a lo justo en nosotros, son de España; y si hay en la sangre de nuestra venas algunas gotas purpurinas, son de España. Yo que adoro a Jesucristo, yo que hablo la lengua de Castilla; yo que abrigo las afecciones de mis Padres y sigo las costumbres ¿cómo la aborrecería? (S. T. II, 101)

Estos juicios reflejan con claridad su hispanismo. Sin embargo, su viaje por España le desilusiona: hay demasiada pobreza en los pueblos españoles que predispone el ánimo del escritor quien esperaba encontrar grandeza no sólo como reminiscencia del pasado sino como pruebas de que el país que tanto amaba, mantenía su poder y pujanza. Encontró en cambio fanatismo, sectarismo e intolerancia, que fueron precisamente los males de los que huía del Ecuador.

Uno de los primeros defectos que va a señalar es que son “soberbios con los hombres”. (Cos. 364).

Si bien es verdad que recibe un amistoso y cálido recibimiento de Valera, la Pardo Bazán, Castelar, Núñez de Arce, Campoamor, quienes hacen lo imposible para que el indoamericano de piel morena y cabello crespo sea nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española, no falta un fanático, Aureliano Fernández Guerra y Orbe, bibliotecario de la Academia de la Lengua Española que, en una ocasión en la que Montalvo visitaba la biblioteca, ofende a éste y califica su obra de estar llena de “clerofobia... (que) está por dondequiera derramando su veneno”. Sin embargo, Montalvo deja correr su pluma no obedeciendo a una pasión o sentimiento, sino a la misma realidad que él ve de cerca y que no deja de causar desengaño en su preciosa imagen preconstruida sobre España:

Yendo de Granada a Madrid, detúvose el coche para dar un pienso a los caballos en un poblado de mezquino aspecto; una nube de mendigos cayó al instante sobre los viajeros, que prudentemente no nos apeamos: se agolpaban a las portezuelas, pedían, gritaban, aullaban y tirarles una ruin moneda de cobre, era hacerles grave daño: dábanse de navajadas, reñían hasta no más, se estropeaban por ganarla cada cual...

Una mujer que se dejaba estar triste y algo apartada, por todo vestido tenía una bayeta amarilla prendida al hombro, con la cual se cubría como podía el cuerpo... (Cos. 362).

Una de las primeras cosas que nos señala es que “el español de nuestros tiempos no es el español antiguo: bastardea, se estraga cada día, el honor se pierde antes que el valor y a la vista del mundo acaban de parecer, ni honrados, ni valientes”. (Cos. 362).

Hace notar no con desdén, sino más bien con tristeza, que los campos de Andalucía fueron más y mejor cultivados por los moros que por los españoles: “La Sierra Morena en tiempo de los árabes era un ramillete; espigas, plantas de raíces, árboles frutales, pastos sustanciosos no dejaban un punto de tierra perdido...” (Cos. 49)

Adviértase en la siguiente cita, cómo Montalvo con pensamiento deductivo, revela cruda, tenaz y certeramente esta desidia y menosprecio al trabajo por parte del español:

El español es sobrio; esta virtud nace de un vicio, de un pecado mortal, la pereza. El español es orgulloso, del orgullo proviene la ociosidad, de la ociosidad, la penuria.

El español tiene en poco el trabajo; de esto resulta que carece de lo necesario, da en bandido o en mendigo, o en uno y otro, según sus comodidades... Entre tanto la tierra, la fecunda y bondadosa tierra, permanece yerma: media España está inculta y la mitad de sus habitantes no tienen oficio ni beneficio, no como pasar la vida. No son ponderaciones éstas; viajad en España, atravesad La Mancha y veréis y sentiréis y lloraréis. Desgraciados hay que viven como brutos, comiendo yerbas crudas, durmiendo debajo de un chaparro. (Cos. 362)

Con conocimiento certero de España e Hispanoamérica después de las guerras de la Independencia -léanse los siguientes ensayos: “Chile y España”, “España y la Triple Alianza”, “De la República”, “Ojeada sobre América”, et al. Montalvo anota aforísticamente que el español no tiene ningún derecho para creer que por ser español esté mejor dotado; tampoco el hispanoamericano ha de creerse ni mejor, ni peor, con respecto a aquel. Debemos sí reconocer nuestra grandiosa tradición hispana: cultura, lengua y religión, que es común a unos tanto como a los otros. Sí, a causa de una política española nacida más bien de un deseo de reivindicación mundial ante sus fracasos internacionales: el ataque a Valparaíso, la alianza de los tres grandes, que en la realidad, España trató nuevamente de ejercer su influencia en el Nuevo Mundo, y se permitió cometer actos de agresión, Montalvo sale al frente para advertir que “bien quisieran tratarnos como ya lo hicieron con los indios” y les echa en cara a los españoles: “ni ellos son Corteses ni Valdivias ni nosotros Moctezumas ni Guatimozines...” (Cos. 44).

Montalvo, en paridad con el pensamiento hispanoamericano, verá entonces en España un peligro; atacará su política de reconquista; y, por fin, cuando el ataque a Valparaíso, la diatriba montalvina castigará sin piedad; “España se tiene por regenerada, aspira al rango de potencia de primer orden, y para este fin procura conquistar, extender sus dominios, enriquecerse...” (Cos. 44).

Mas, entonces, la segunda mitad del siglo XIX, ¡Oh pobre España! Ya no tenía ni el brío ni la tenacidad de otrora. Ya la frase “el sol no se ponía en sus dominios”, pasó irremediamente a la historia, “el sol de Carlos V se puso sin remedio, ya hace noche en España”. (Cos. 44).

EL AMERICANISMO DE MONTALVO

La situación de esta parte del continente era entonces incierta y, por eso, por su americanismo, por su patriotismo inconfundible, lanza dicitos contra gobernantes y ciudadanos que hacían poco o nada por su Patria. Indicó sus fallas y la disparidad con la América del Norte que, por el contrario, progresaba rápidamente. Sin embargo, cuando medita y con mente penetrante columbra el futuro de Hispanoamérica, entonces sí se ensancha el pecho y rebosante de alegría pronuncia: “América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino: se civilizará, será libre y feliz, y gozará sin estorbo los dones de su gran naturaleza” (Cos. 260).

Esta visión apoteósica, aunque no cumplida todavía; estos deseos fervientes de bienestar y progreso para el terruño americano, reitera en su tratado “Los héroes”: “América, desgarrada por todas partes, oprimida, vilipendiada, que anda rodando de mano en mano como vil peonza, vendrá a ser una gran nación”, recordándonos así la voz estertórea de Bolívar.

La visión de Montalvo es como la de Bolívar: la América unida será fuerte. Ya en “los Héroes” nos advirtió que ante el peligro era menester unirnos. Disgregados podemos hacer muy poco, mientras que unidos no habrá vallas para nuestro destino.

Por nuestra cultura, tradición, lengua, religión, sangre, “un solo pueblo ya lo somos” (Cos. 522); mas, aquella patria grande, unida, rica, próspera, soñada por Bolívar y que solo la contemplamos en nuestros momentos de euforia,

de optimismo, o cuando dejamos caer las cortinas nacionalistas, “habrá de llegar con el transcurso de los días” (Cos. 522).

Si lográramos derribar todas las vallas que se oponen a la unión de América, ésta sería la mejor herencia que podríamos dejar a las generaciones que nos siguen: “No esperemos nosotros disfrutarlos en persona”, dice, pero si esto llegaría a ser una realidad, “siempre seremos próceres” (Cos. 522). Aunque si queremos ser próceres, no sólo es necesario apoyar la unión, pues ese no es el único problema que confronta América, sino que “debemos hacer lo posible para ilustrar, engrandecer y volver feliz al nuevo mundo, esta gran patria de los americanos; grande en territorio, grande en elementos, grande en esperanzas, pequeñuela todavía en facultades físicas...” (Cos. 522). Para convencer a sus lectores de la necesidad de la unión hispanoamericana, en su ensayo “España y la Triple Alianza”, nos refiere la anécdota de Sartorio “que para manifestar a sus soldados el poder de la unión, hizo traer un caballo a su presencia, y de cerda en cerda le fue arrancando la cola sin la menor dificultad. Ahora, dijo ¿habrá poder humano que pueda arrancar la cola entera? (Cos. 175). La conclusión es evidente y de allí la tesis de Montalvo: “las repúblicas latinoamericanas tomadas cada cual aparte cederán a una gran potencia de Europa con la misma facilidad que las cerdas del caballo de Sartorio; reunidas son más fuertes que la cola entera, no hay poder en el mundo que la pueda arrancar. **L’union fait la force.** La gran falta de los pueblos de la América del Sur, la gran falta que les ha ocasionado mil peligros, y que al fin los perdería si se obstinasen en cometerla, es el no haber querido practicar esa verdad, aun cuando palparan su eficacia” (Cos. 175).

LAS RAZAS

Su nobleza de espíritu, el amor por la libertad, la vocación por la democracia, le impulsan a condolerse por la suerte del indio y su pluma, arma terrible contra las injusticias, acomete un brío contra las clases opresoras, ya se trate del militar, el cacique o el clero. No en vano tiene el alma de Quijote en férrea armadura de guerrero. Su denuncia es categórica y elocuente, descarnada y terrible:

El indio, como el burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante. Me parece que lo he dicho otra vez. El soldado le coge, para hacerle barrer el cuartel y arrear las inmundicias; el alcalde le coge, para mandarle con cartas

a veinte leguas; el cura le coge, para que cargue las andas de los santos en las procesiones; la criada del cura le coge, para que vaya por agua al río y todo de balde, si no es tal cual, palo que le dan para que se acuerde y vuelva por otro. Y el indio vuelve porque ésta es su cruel condición, que cuando le dan látigo, templado en el suelo, se levanta agradeciendo a su verdugo. **Diu su lu pagui amu**, dice: Dios se lo pague amo, a tiempo que se está atando el calzoncillo. ¡Inocente criatura! Si mi pluma tuviese don de lágrimas yo escribiría un libro titulado “EL INDIO” y haría llorar al mundo (9).

Consciente de la gran responsabilidad que pesaba sobre los intelectuales con respecto de esos problemas sociales, suscitados por grupos étnicos marginados, exclama: “No, nosotros no hemos hecho este ser humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y la suerte; los españoles nos lo dejaron, como es y como será por los siglos de los siglos” (10). Tampoco es ésta una postura propia de un orientador, tal actitud nos recuerda el famoso lavatorio de las manos que Pilatos oficiara en los tiempos bíblicos.

Montalvo denuncia también la deprimente condición del negro antes de su manumisión, realizada por el presidente Urbina en la mitad del siglo pasado. Pero su estilo no es tan exaltado como cuando se refiere al indio; es, más bien, narrativo, sobrio, con frase acuñada:

Yo vi., siendo muchacho, en una hacienda de Imbabura... era un trapiche: entrando a donde molían caña, quedé aterrado: los negros medio desnudos, estaban todos con mordaza. Debí de haberme puesto pálido; pregunté allí qué significaba eso, y vine a oír que era para que no chupasen una caña: una caña de los mares de esa planta que ellos regaban con el sudor de su frente, la sembraban, desherbaban y cosechaban, todo de balde.

El estómago vacío y sediento: el pecho encendido con el fuego del clima, la garganta árida, el cuerpo entero, la naturaleza estaba exigiendo vivamente un bocado de aquel zumo bienhechor y refrigerio tan abundante, tan fácil, imposible para esos desdichados. ¡Gran Dios!” ¿Son hombres, son fieras los ricos? (Cat. 192).

“El Cosmopolita”, cuya mente oteaba inquieta los acontecimientos mundiales fustigó con entereza los prejuicios raciales de los Estados Unidos al relatar

como un diplomático de color no pudo hospedarse en un hotel de Nueva York sino en Harlem. También recuerda que “el orador abolicionista Carlos Summer, apóstol de la libertad de los negros en el palacio del Congreso por un diputado del sur, un negrero cuyos bienes de fortuna consistían en algunos centenares de esclavos africanos” (S. T. 22). Dedicó unas cuantas páginas más a este acontecimiento, siempre en son de denuncia.

En otra parte de los **Siete Tratados** describe las amargas experiencias que sobrellevó un embajador brasileño por tener la piel morena. Es evidente que el mismo Montalvo temía ser objeto de tal discriminación, por cuya razón nunca pensó visitar el país del Norte, no obstante haber llegado a él en sus viajes a Europa. Así nos da a entender en su autorretrato, cuando dice: “francamente, mi cara no es para ir a mostrarla en Nueva York” (11).

En contraste con la actitud estadounidense, “los hispanoamericanos -dice Montalvo-, por el contrario, alargan la mano bañada de luz a la raza india y cuando ésta da de sí individuos organizados como Benito Juárez, los pone bajo el solio. Si Dios es servido de permitir que algún día se civilice toda esta raza, entonces nos será redimido el crimen de nuestros padres; crimen, no el haber conquistado a los indios, sino el haberlos vuelto rayas y parias”. Por desventaja, la situación del indio no podía cambiar tan sólo con el lirismo, la frase de hermoso corte literario o la metáfora bañada de luz. Se hacía necesario señalar caminos de reivindicación como lo hizo Martí, o emprender la acción bienhechora a la manera de Las Casas.

LA POLÍTICA

Siendo político Montalvo, y no un político objetivo y realista, sino un soñador idealista que no se contentaba sino con la perfección en grado sumo, un luchador de causas justas en un medio donde gobernaba la corrupción y el vicio, un pregonero de libertades donde mandaba la tiranía, encontró desde su juventud vallas a las que atacó con espíritu quijotesco; se vio en turbulentos mares de calumnias, vituperios y sin embargo salvó su espíritu siempre noble. Luchó a brazo partido con su pluma y arremetió sin resquemores a los enemigos de la patria. Rehusó siempre la oferta solapada, el empleo que impondría silencio, las manifestaciones y exhibiciones que comprometían, para mantener siempre la limpieza del alma y la libertad de la pluma: “Mi pluma no es cuchara”, dijo en París.

Con la pluma en la mano luchó contra los malos gobiernos, contra el militarismo, el mal clero, contra la pobreza intelectual ecuatoriana y el espíritu de ese patricio se escurría por la punta de esa pluma, como una corriente eléctrica de fuerza insobornable.

La obra política de Montalvo se la puede estudiar a través de la siguiente nómina: García Moreno, Borrero, Gómez de la Torre, Veintimilla y Urbina.

La fuerza, la acicalada puntería con la que el brazo poderoso manejó la honda, hicieron que ésta diera con su blanco. La lectura de “la Dictadura perpetua” y la inútil defensa que hacen los amigos de García Moreno en “Don Juan Montalvo y la verdad contra él” o sea la defensa del Ecuador contra las calumnias e injurias publicadas en el folleto titulado “La dictadura perpetua” prepararon la atmósfera, la animadversión juvenil. Cualquier intento de cambiar los rumbos sería tarde, la hora final debía llegar y el drama trágico culmina con el asesinato de García Moreno en forma semejante a la prevista por Montalvo.

Si en las páginas de **El Cosmopolita** se encuentra la lucha denodada que llevó el escritor contra García Moreno, en **El Regenerador**, N° 1 al 4, de igual forma se halla la oposición de Montalvo a la política de Antonio Borrero, primer mandatario del Ecuador, y a su ministro de interior Manuel Gómez de la Torre. En **El Regenerador**, N° 5 al 12 y en **Las Catilinarías** se ocupará principalmente del “Mudo”, mote peyorativo con el que a menudo se refiere a Ignacio de Veintimilla, así como de Borrero y Urbina. En varios panfletos políticos, Montalvo da a conocer los males que trae consigo una dictadura, aboga por la libertad de Eloy Alfaro, quien se encuentra preso por conspirar contra Veintimilla. En fin, Montalvo es el centro de la oposición, y en tales circunstancias, camina sobre un techo de vidrio. Tiene que salir o sucumbir, decide voluntariamente abandonar el país, rumbo a Ipiales. No sería arriesgado conjeturar que en su valija vaya ya un gran número de páginas de **Las Catilinarías**, pues en un escritor de garra como Montalvo, pudo quizá vencer la razón, la prudencia y el respeto por su propia vida a aquella pasión: el desprecio que sentía hacia Veintimilla. Esta inquina y desprecio debieron desfogar por su pluma en las hojas de **Las Catilinarías** que día y noche recibían la hiel del espíritu destructor de Montalvo, quien inmortaliza a Veintimilla, el antihéroe, como la hez de la humanidad, lo más procaz y ruin de los hombres.

En **Las Catilnarias** se distingue desde la primera línea la fuerza inyectiva del escritor, la tremenda diatriba. Esta obra es la esencia del impropio, es la saturación del divino insulto, es la depuración del lenguaje preñado de cólera. Con razón se justifican los juicios de Benjamín Carrión (cf. Cita 5) y del vasco Miguel de Unamuno (cf. Cita 4), al referirse a dicha obra.

Habiéndose ocupado Montalvo del personaje central, el antihéroe de **Las Catilnarias**, pasa a los personajes menores o secundarios: Urbina, Borrero, etc., a quienes los pone en la picota del ridículo.

Urbina, que tan buenos lazos de amistad guardara para los Montalvo y de quienes se rodea durante su gobierno, se encuentra en **Las Catilnarias** no como el “hombre de inteligencia”, “hombre de espada”, “hombre de influjo”, que otrora en un folleto firmado en el exilio en 1872, llamara al noble viejo, sino como el melifluo adulador, el mentor favorito del dictador, cubierto de impropios tales como “viejo troglodita”, “impúdico”, “falto de valor”, etc.

La pluma de Montalvo fue un “agente trágico” para el desenlace del líder conservador. Su pensamiento campechano, sus ideas democráticas, su filiación liberal no sirvieron de acicate y apoyo al liberalismo que sucedió a García Moreno; antes por el contrario, fue el centinela celoso que salió al paso para anotar los descalabros de su partido.

Montalvo, discípulo de Sócrates en filosofía, de los atenienses en la democracia, conocedor de los nobles principios de la Revolución Francesa, lanzados al mundo en 1789, y de los derechos inalienables enunciados en el preámbulo de la constitución de los Estados Unidos, no pudo sino desengañarse al presenciar, atestiguar y, en ocasiones, ser víctima de una política novata y mal encaminada. En ningún momento sucumbieron sus ideas, su personalidad y su prestigio al acomodo que demandaría el silencio. Permaneció siempre rebelde, inconforme, denunciador en un medio que no le comprendía y hasta soslayaba su obra y su persona.

Todo lo anotado justifica con creces el universalismo de Don Juan Montalvo.

NOTAS

- 1 Para mayor ahondamiento en la obra de Montalvo, ver Antonio Sacoto, **Juan Montalvo: el escritor y el estilista**, 2da. Ed., 2 tomos. (Cuenca, Casa de la Cultura, 1987).
- 2 Carta de Miguel Antonio Caro, en **El Cosmopolita**. (México, Cajica, 1965), p. 489.
- 3 José Enrique Rodó, “Montalvo”, en **Cinco ensayos** (Madrid, Ed. América, 1917).
- 4 Miguel de Unamuno en Benjamín Carrión, **San Miguel de Unamuno** (Quito, Casa de la Cultura, 1954), p. 118.
- 5 Benjamín Carrión, **El pensamiento vivo de Montalvo** (Buenos Aires: Losada, 1961), p. 24.
- 6 Pedro Henríquez Ureña, “Camino de nuestra historia literaria”, **Ensayos en busca de nuestra expresión** (Buenos Aires: Raigal, 1952), p. 53 – 54.
- 7 Andrés Iduarte, Prólogo a **Juan Montalvo**, *Op. Cit.*, p. 9.
- 8 En nuestro estudio indicaremos las obras de Montalvo con la abreviatura y página correspondiente:
Cos. **El Cosmopolita**, (2da. Ed. Quito: El Siglo, Imbabura Cc., 1984).
S. T. **Siete Tratados**, (París: Garnier, 1923). Vol. I - II
Cat. **Las Catilinarias**, (Latacunga: Ed. Cotopaxi, 1966).
- 9 “Los indios”, **Montalvo**, prólogo y selección de M. Moreno Sánchez (México Ed. de la Secretaría de Educación Pública, 1942), p. 125.
- 10 *Ibíd.*
- 11 Galo Martínez Acosta, **Op. Cit.**, p. 237.